

en que habia de vivir el Santo, y se hizo una cisterna hacia la parte de Oriente para proveer de agua á todos los moradores del monasterio. No quiso el Santo que se cerrase esta cisterna, con objeto de que todo el mundo participase de ella, asegurando que nunca quedaria vacía, como así sucedió efectivamente, á pesar de ser muy considerable el consumo que de ella se hacía.

La iglesia, muy bella y ornamentada, fué dedicada á la Santísima Trinidad. En ella cantaban sus discípulos el oficio divino, y el mismo Santo componia cánticos adaptados á las diferentes festividades, tanto para animarles al amor de Dios, como para aplacar la cólera divina irritada con los pecados del mundo, y para dar acción de gracias al Señor por los beneficios recibidos de su mano misericordiosa. Su historiador nos ha conservado uno de estos cánticos, compuesto con motivo de una visión que tuvo, y en que Dios reveló el terrible terremoto de que hemos hablado en su vida: terremoto que destruyó gran número de edificios en Constantinopla, en Nicomedia y en otras ciudades. El sentido del cántico era de este modo: « Señor, así como en tiempo de Moisés os dejásteis aplacar por las oraciones de este caudillo, y no exterminásteis á los Israelitas que os habian ofendido, dignaos también hoy apaciguar vuestra ira. Cesad de hacer sentir sus efectos á vuestro pueblo, y escuchad benignamente las súplicas que os dirigimos para desarmar vuestra justa indignación. Perdonadnos, Salvador amoroso de nuestras almas, los innumerables pecados de que nos hemos hecho culpables, para que podamos glorificar vuestra misericordia. » — Dice el historiador de este Santo, que habia tanta unción en los cánticos que componia, que no podian cantarse sin que el corazón se sintiese penetrado de gozo ó de penitencia, según las circunstancias.

Cuando el monasterio y la iglesia estuvieron terminados,

hizo Dios que el Santo viese en espíritu á un gran número de personas de toda edad y sexo, que venian de la parte de Oriente, llevando cruces en sus manos, entonando cánticos y dirigidas por el Espíritu Santo. Y efectivamente, algunos dias despues llegó una multitud innumerable de gentes que habitaban en las fronteras de la Persia, y que, movidas por sus milagros, le traian enfermos, y venian á encomendarse á sus oraciones. Llevaban cruces en sus manos, como Dios le habia revelado en su éxtasis, pues todos ellos eran cristianos muy piadosos. Todos los enfermos quedaron curados al punto con las oraciones de san Simeón, y produjo tanto estupor este prodigio, que muchos hombres se quedaron en el monasterio, y otros, al regresar á su pais, publicaban por todas partes las maravillas de que habian sido testigos.

Aún cuando la iglesia estaba concluida, faltábale parte de la ornamentación, y entre otras cosas, los capiteles de las columnas. Uno de sus discípulos llamado Juan, excelente religioso, hombre de mucha oración, y que era muy celoso del esplendor de la casa de Dios, pero que por otra parte no entendia nada de escultura, rogó al Santo que impusiese la mano sobre su pecho, esperando que de este modo le daria Dios á conocer las reglas de este arte, y podria concluir la parte de ornamentación que aún faltaba. Consideró Simeón que debia acceder á sus piadosos deseos, y hacerle conocer al mismo tiempo el mérito de la penitencia. Puso efectivamente su mano sobre el pecho del religioso, diciéndole: « Hijo mio, pido al Señor que te haga un hábil escultor. » Con esta confianza puso Juan manos á la obra, y la hizo con tanta perfección, que se le comparó con Beseleel, á quien escogió el Señor en la antigua ley, para que construyese el arca de la alianza.

Merece ser referida la muerte de este piadoso y hábil arquitecto, revelada al Santo tres dias ántes de que ocur-

riese. Pero éste rogó humildemente al Señor que le dijese, si el nombre de este discípulo estaba escrito en el libro de la vida. Jesucristo le respondió, asegurándole que no sólo el nombre de este discípulo sino el de todos los demás estaban escritos en él, lo que le produjo un gozo inefable. Postróse de rodillas, y dió gracias al Señor, teniendo su corazón lleno de admiración y de consuelo por las misericordias que le dispensaba.

A la noche siguiente, hallándose todos los religiosos reunidos en el coro para cantar los Maitines, dijo san Simeón á su discípulo Juan : « Hermano mio, la paz de Dios sea contigo : te anuncio que Jesucristo, nuestro Señor y Rey, te llama. » Al oír estas palabras, se vió Juan dominado por dos sentimientos opuestos, uno de tristeza, y otro de gozo. De tristeza, porque la naturaleza teme la disolución de los cuerpos y la desaparición del mundo visible. De gozo, porque iba á dejar las miserias de esta vida, y esperaba que el Señor, al desatar su alma de los lazos del cuerpo, le llamaria al reposo eterno. Desde este momento se consideró como si no estuviese ya en el mundo, y no pensó en otra cosa que en aprovechar el poco tiempo que le quedaba en prepararse para la muerte de los justos. Así es que pasó los dos dias siguientes en continua oración, repitiendo frecuentemente estas palabras : Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu : Dios mio, llevadme á la tierra de la salud. Se quedó adormecido dulcemente ; pero su sueño era la muerte de los santos, para ir á recibir en el cielo la recompensa de la obediencia y de las demás virtudes, que con tanta perfección habia practicado.

Hasta entónces no subió san Simeón á la columna en que murió, y queriendo Dios demostrar con nuevos milagros, que no nos es posible referir, que era su voluntad que pasase en ella el resto de su vida, le llevaron las ma-

deras necesarias para construirla. El mismo Jesucristo la consagró con su presencia sensible en una visión con que honró al Santo, y desde ella derramó este divino Salvador, por mediación de su siervo, copiosas bendiciones sobre el mundo, tanto para consuelo de los afligidos, como para la conversión de los pecadores y perfección de los justos.

Por último, en el año 555, una semana despues de Pentecostés, que se celebró el 4 de junio, según el cómputo de los continuadores de Bolando, despues del oficio de Maitines, mandó el Santo cerrar todas la puertas del monasterio, con objeto de que los extraños no tomasen parte en la ceremonia que iba á practicar, y congregando á todos sus discípulos, ofreció el incienso según era costumbre, y les hizo hincarse de rodillas. El, por su parte, se postró en tierra, é hizo oración acompañada de gran fervor y de abundantes lágrimas. Habiendo todos respondido *amen*, les dirigió su palabra, recomendándoles : 1º la caridad fraterna, exhortándoles á que se amasen mutuamente, como hasta entónces lo habian hecho ; 2º á comprender exactamente el espíritu de su profesión, y á practicar sus virtudes, que son principalmente, la mortificación de los sentidos, el olvido de las cosas del mundo, el trabajo manual para atender á su sustento, la vigilancia sobre el corazón, la oración frecuente, los cánticos sagrados, la asidua lectura de las santas Escrituras, la meditación de las verdades contenidas en ellas, y sobre todo, que jamás contristasen al Espíritu Santo en sus corazones.

Se extendió mucho en estos y otros puntos relativos á los deberes de la profesión monástica : puso por testigos de las verdades que acababa de exponerles al Señor, á su santísima Madre y á los espíritus celestiales. Oró por todo el mundo en general, y en particular por los que no se dejan corromper con presentes para cometer injusticias, por todos los pecadores, para que alcancen la

remisión de sus pecados, y por todos los justos, para que perseveren en la práctica del bien, y para que Dios recompense sus buenas obras. Dió su bendición á todos sus discípulos, encomendándoles á las misericordias del Señor. Despues de esto, quitándose la capucha, y teniendo sobre su pecho el santo Evangelio, fué llevado procesionalmente por sus discípulos á todas las celdas y otros lugares del monasterio, que bendijo en particular. Entró despues en la iglesia para orar, y subió, por último, á su columna. Su piadosa madre, de quién pronto hablaremos, tuvo la dicha de asistir á esta ceremonia, llevando en sus manos una cruz, y bendiciendo al Señor por haberle dado un hijo de tan eminente santidad. Ya hemos dicho que no tenia más que treinta años, cuando subió á esta columna.

Desde ella cuidaba de sus discípulos con la misma atención que lo había hecho hasta entónces, instruyéndoles en sus obligaciones, reprendiendo sus faltas, exhortándoles á la virtud, y animándoles es las tentaciones con que se veian afligidos. El enemigo, ya fuese para impedir los buenos efectos que sus exhortaciones producian en ellos, ó ya para afligir al mismo Santo, les inspiraba de tiempo en tiempo sentimientos de desconfianza y desanimación, siendo de notar que los negligentes abrian con más facilidad las puertas de su alma al maligno espíritu, y sucumbian con alguna frecuencia. Así se verificó especialmente en uno de los Persas de que hemos hablado, llamado Angulas, ó sea en lengua siríaca, perezoso, ya por que se le hubiese dado este nombre, dice su historiador, á causa de natural pereza, ó ya porque fuese su propio nombre. Habiendo dejado Angulas entrar al demonio en su corazón, empezó á murmurar del Santo, á causa de las grandes limosnas que se hacian á los extranjeros y á los pobres, y tachando su caridad de indiscreta, porque preferia á los extranjeros con detrimento de los religiosos.

Estas murmuraciones no dejaron de hacer impresión en algunos espíritus pusilánimes, que por su relajación se hallaban dispuesto á secundar los designios del demonio. Así es que resolvieron manifestar sus quejas al Santo, lamentándose de que, habiendo dejado su pais y sus bienes para ponerse bajo su dirección, abrigaban la esperanza de que, al mismo tiempo que de sus almas, cuidaria de sus necesidades materiales; pero que estas esperanzas habian quedado defraudadas, puesto que con sus prodigalidades para con los extranjeros, carecian los religiosos de las cosas más necesarias para la vida.

Algún tiempo ántes habian caido en la misma falta, pues seducidos treinta y cuatro de ellos por el demonio, habian resultado abandonarle; pero el Santo les expuso que eran culpables de ingratitud para con Dios por desconfiar de su providencia, despues de haber recibido de él tan señaladas pruebas de su bondad paternal, y les dijo que, si no querian corregirse, causarían honda pena en su corazón por verles abandonar su estado; pero que, á pesar de ello, podian retirarse. Este acto de firmeza les impuso silencio, y les hizo entrar en sí mismos, reconociendo que habian sido engañados por el demonio, de quién Angulas habia sido dócil instrumento, para turbar la paz del monasterio é impedir á los religiosos que se aprovechasen de las instrucciones de su santo abad.

Pero esto no fué más que el preludio de otros mayores ataques que preparaba el maligno espíritu. Dios los hizo conocer al Santo, el cual se apresuró á prevenir á sus religiosos, animándolos al combate y exhortándolos á la paciencia. Para ello los congregó, y les dijo: « Sed firmes, hermanos míos, cual corresponde á generosos soldados de Jesucristo: pues Dios ha permitido al tentador que os ataque, para que sea más gloriosa vuestra corona. » Despues tomó el libro de Job, considerando que era muy adecuado

para fortalecerlos y consolarlos con la esperanza de la gloria, y lo leyó desde el principio hasta el fin, explicándoles los pasajes más difíciles, y exponiendo el sentido oculto que en ellos se encerraba. Una vez concluida la lectura, les dijo : « Habeis oido, mis amados hermanos, lo que sufrió el santo patriarca Job, y cual fué el fin de todos sus trabajos. Estad dispuestos á combatir como él : ceñid vuestros lomos con la palabra : tomad por calzado el Evangelio de paz : cubrios con el escudo de la fé para rechazar los dardos del maligno espíritu. Pensad que no hay comparación entre los trabajos de la vida presente y la gloria que nos está preparada en el cielo. Las tribulaciones de esta vida no duran más que un momento ; mientras que los gozes de la vida futura durarán eternamente. »

Al hablar de esta manera, lanzó un profundo suspiro, y mezclando sus lágrimas con sus gemidos, anunció con la mayor claridad sucesos que no habian de tardar mucho en realizarse. « He aquí, hermanos míos, les dijo, la hora del combate : velad para que ninguno de vosotros se deje sorprender por el demonio, que procura enredaros en sus lazos. Sabeis que la casa que habitamos en la tierra ha de ser destruida, y que esperamos habitar en el cielo otra que no es hecha por mano de hombres, siempre que marchemos fielmente por los caminos del Señor. A esta celestial morada es á la que ha llegado felizmente nuestro bienaventurado hermano Juán, de cuyas virtudes é inocencia hemos sido testigos. Él ha sido nuestro compañero en el combate espiritual ; esforcémonos por participar de su gloria. »

« Hace diez años, hermanos míos, que estoy encargado de vuestra dirección, é incesantemente oro por vosotros al Señor, á quien he de dar cuenta de vuestras almas. No he obrado como el mercenario, que abandona su rebaño, cuando vé acercarse el lobo ; antes por el contrario, he procurado imitar al pastor que vela incesantemente por su rebaño, y

que expone su vida por defenderlo. He procurado alejar de vuestro lado al lobo infernal, apoyándome en el báculo del Señor. No ha dejado, sin embargo, de turbaros en algunas ocasiones, excitando en vuestros corazones el deseo de las cosas terrenas, y esforzándose por privaros de la gracia del Señor, para que dejéis vuestro estado ; pero por la misericordia divina no ha podido conseguirlo ; ántes bien, todos sus designios de malicia se han trocado en su propia confusión. Sin embargo, aún no estamos libres de la tentación : si no está en su poder el dañaros todo cuanto desea, llegará hasta donde pueda, y no tardará mucho en atacar, no sólo á los jóvenes, poco arraigados en la virtud, sino que desplegará principalmente su rabia contra los que han hecho grandes progresos : pues cuanto mayor es su perfección, tanto más excitado se halla su furor contra ellos. »

La predicción del Santo se cumplió con la mayor exactitud. El demonio suscitó una terrible tempestad contra él, no sólo tentando nuevamente de murmuración á los religiosos, y sirviéndose de Angulas como de instrumento para realizar las malas disposiciones de sus corazones, sino excitando contra él á los gobernadores de las ciudades vecinas, y entibiando la confianza que en él habian puesto los pueblos. Pero Dios, que así lo habia permitido para probar su paciencia y su fidelidad, y que tiene en sus manos los corazones de los hombres, no tardó en cambiarlos en su favor : los murmuradores de su monasterio volvieron en sí mismos, y fueron en adelante sus más adictos discípulos. En cuanto á los extranjeros, Dios envió sobre Antioquía y otras ciudades una enfermedad epidémica, que obligó á sus habitantes á acudir al Santo, para que con sus oraciones les librase de aquel azote que habia causado gran número de víctimas. El monasterio fué también atacado por la cruel epidemia, pereciendo muchos religiosos, principalmente